

## XIX

*Fermentación revolucionaria en los Estados de tierra firme de la república de Venecia.—Batalla de Rivoli.—Batalla de la Favorita.*

Después de las pérdidas considerables sufridas por el ejército en Calliano sobre el Brenta y en Arcole, Napoleón había instado vivamente al Directorio, al objeto de obtener fuerzas indispensables para poder guardar sus posiciones. Envióle éste seis mil hombres y destinó veinticinco mil á un desembarco en Irlanda. Hubiera sido mucho más sencillo enviar estos veinticinco mil hombres á Italia, derrotar á los austriacos, firmar la paz con ellos y tentar enseguida dicho desembarco, pero el Directorio no sabía casi gobernar y, por otra parte estaba celoso de Napoleón.

La victoria de Arcole había resonado en toda Francia; todo el mundo principiaba á comprender que se había tenido suerte de Italia. Obligado por la opinión pública, el Directorio anunció al general en jefe que iba á mandarle las valientes divisiones de Bernadotte y Delmas, de los ejércitos del Rhin. Mientras esperaba la llegada de estas tropas que, apesar de las crudezas del invierno, debían atravesar los Alpes, Napoleón empleó el mes de Diciembre en precaverse contra Venecia. La vieja aristocracia de esta ciudad tan formidable en la edad media, apesar de su talento, había perdido toda energía. Constantemente indispuesta por las cargas de guerra que se hacían en sus estados, la república de Venecia aumentaba su armamento.

Si hubiese querido seguir los consejos del general francés, probablemente existiría todavía; pero era difícil que sus viejos aristócratas, instigados por la vanidad, las riquezas y por un siglo de inacción, viesen lo que había de bueno en los consejos de un joven general, cuyos rápidos movimientos hacíanse para atacarles. Su falta de táctica les indujo más bien á ver en él á un fogoso republicano cuyos proyectos no eran otros, no pudiendo esperar una alianza, que suscitara toda clase de obstáculos. Las sociedades patrióticas establecidas en Brescia, Bérgamo y Crema sembraron los gérmenes de la democracia en los estados de Venecia. Por su parte, esta ciudad armaba fuerzas y distribuía dinero á los campesinos fanáticos de las montañas de Bergamasco; Ottolini, potestad de Bérgamo, reunía treinta mil de ellos.

Bonaparte había resuelto no lijarse en nada y diferió toda explicación hasta después de la rendición de Mantua. No obstante, hizo ocupar la ciudadela de Bérgamo, que lo era por una guarnición veneciana, pretextando que no la creía bien guardada para resistir á un ataque por parte de los austriacos. En Lombardía y en la Cispadana continuó favoreciendo el espíritu de libertad, reprimiendo al partido austriaco y á los sacerdotes y alentando al partido democrático. Mantuvo las apariencias de amistad con el rey de Cerdeña y el duque de Parma. Fué á Bolonia á terminar una negociación con el duque de Toscana é imponerse á la corte de Roma. En cierta época, el gran duque de Toscana había intentado cuatrocientos procesos contra los jacobinos de sus estados, donde, según parece, no los hubo jamás. Pero bien pronto este príncipe filósofo tomó el sabio partido de tolerar la revolución francesa y sus efectos.

Según hemos visto, las tropas de la República ocupaban Liorna. Habíanse entablado vivas discusio-

nes entre la administración financiera del ejército y el comercio de esta ciudad. Se trataba de las mercancías enviadas á Liorna *en comisión* (depositadas para ser vendidas) por negociantes ingleses y sobre las cuales, según costumbre, los negociantes toscanos habían hecho anticipos. Estas mercancías, que se conseguían con dificultad de los negociantes de Liorna, eran enseguida muy mal vendidas, y por una compañía que, siguiendo al general en jefe, acababa de robar cinco ó seis millones al ejército.

Napoleón hizo un convenio con el gran duque; acordóse que mediante dos millones, pagados al contado, los franceses evacuarían Liorna. Encontraba en este arreglo la ventaja de tener disponible la pequeña guarnición que había colocado en esta ciudad.

Entre las ideas que se presentan en tropel en este cerebro ardiente y á la vez razonable, anotaremos la siguiente: Se trataba de establecer un obstáculo, entre el Papa y el sitio de Mantua. Los ingleses ¿no podían desembarcar cuatro mil hombres en Ancona ó en Civita-Vecchia? Bonaparte quería tomar las dos legiones establecidas en Bolonia y Ferrara (la República cispadana), reunir las á la guarnición de Liorna y añadiendo á ellas tres mil hombres, lanzar este pequeño cuerpo sobre Romaña y el camino de Ancona. Aporrábase así de dos provincias del estado romano, se decretaban los impuestos, pagándose por tanto la correspondiente contribución y logrando además hacer imposible el proyecto de unión de Wurmser con el ejército papal.

Al hacerse la paz, podía devolverse la Lombardía al Austria, y formar una república poderosa, añadiendo á los modenese, los bolonese y ferrareses, Romaña, la marca de Ancona y el ducado de Parma. En este caso se hubiera dado Roma al duque de Parma, lo que hubiera dejado completamente satisfecho al rey de España. El papa, sin ser sostenido ni por Austria

ni por España, podía establecerse en una isla, Cerdeña por ejemplo.

Bonaparte había principiado á ejecutar su proyecto; habíase dirigido á Bolonia con tres mil hombres y amenazaba á la Santa-Sede, pero Roma no tuvo miedo. El nuncio Albani notificaba desde Viena los trabajos que hacía la administración bajo sus cuidados, para formar un quinto ejército. Roma reunió tropas, esperó comunicarse por el bajo Pó con Wurmser y aseveró el deseo de ver al general francés avanzar todavía más en sus provincias.

El cardenal secretario de Estado explicaba sus planes de campaña.

—Si es necesario, decía, el Papa abandonará Roma para ir á pasar algunos días en Terracina al extremo de la frontera de Nápoles: cuanto más Bonaparte avanzará, alejándose del Adige, más se expondrá á los peligros de una desastrosa retirada y más los acontecimientos serán favorables á la causa santa.

Nada más acertado que este razonamiento, pero Napoleón guardábase bien de alejarse demasiado de Mantua. Tenía la vista fija en el Adige y se esperaba á cada instante un nuevo ataque.

El 8 de Enero de 1797, supo que sus vanguardias habían sido atacadas en toda la línea; volvió á pasar el Pó á toda prisa, con sus dos mil hombres y corrió hacia Verona. Alvinzi avanzaba para forzar el bloqueo de Mantua, con más de cuarenta mil hombres; esta ciudad contenía unos veinte mil de los cuales doce mil, á lo menos, estaban armados.

Era la cuarta vez que el ejército de Italia debía combatir por la posesión de Mantua. Las divisiones Bernadotte y Delmas, que se esperaban del ejército del Rin, no habían llegado todavía y por tanto Alvinzi había vuelto á tomar la ofensiva.

El ejército ocupaba sus posiciones ordinarias: la división Serrourier frente á Mantua; Augereau, sobre

el Adige desde Verona hasta más allá de Legnago; Massena en Verona; Joubert, con una cuarta división, en la Corona y Rivoli, cuyo nombre debió más tarde su inmortalidad á la última de las grandes batallas ganadas en Italia por Bonaparte.

Cada una de estas cuatro divisiones constaba aproximadamente de diez mil hombres. El general Rey se encontraba en Desenzano con una reserva de otros cuatro mil.

El enemigo avanzaba á la vez por Roveredo, por Vicenza y por Padua, es decir, atacaba al mismo tiempo el centro y las dos alas del ejército francés. Napoleón determinó guardar sus posiciones, hasta adivinar cual de los tres ataques era el verdadero.

El 12 de Enero de 1797, la columna que avanzaba por Vicenza se aproximó á Verona é hizo replegar las vanguardias de Massena; el resto de la división vino en su socorro, presentándose por Saint-Michel y siendo el enemigo rechazado con grandes pérdidas; el general en jefe obtuvo la certidumbre de que no era muy fuerte por este lado.

Al mediodía de la mañana siguiente, supo que Joubert, atacado de frente por fuerzas superiores y amenazado en sus dos flancos por fuertes columnas, habíase visto obligado por la mañana á evacuar la posición de la Corona (situada entre el Adige y el Monte-Baldo, á la otra parte del cual se halla el lago de Garda); Joubert se había replegado sobre Rivoli, desde donde esperaba continuar su retirada hacia Castel-Novo. No había duda; veíase claro que la columna de Vicenza y la que se dirigía hacia el bajo Adige estaban destinadas á operar diversamente, para facilitar la marcha del cuerpo principal que descendía por el valle del Adige. Era pues á este cuerpo que era necesario oponer el grueso del ejército.

Napoleón salió de Verona, llevando con él á la mayor parte de la división Massena; dos mil hombres

permanecieron en dicha ciudad al objeto de contener la columna de Vicenza. Rey recibió la orden de dirigirse de Saló á Rivoli, punto de reunión general. Napoleón había adivinado que, siguiendo el método austriaco, el mariscal Alvinzi había dividido el cuerpo que avanzaba por el valle del Adige en varias columnas. Creía que ocupando la meseta de Rivoli, donde venían á reunirse los diferentes caminos que atravesaban esta montañosa comarca, podría obrar en masa contra las columnas enemigas, separadas por invencibles obstáculos.

Este cálculo estaba bien fundado, pero tuvo muy poco éxito. El ejército francés era poco numeroso para hacer frente por todas partes, por marchas de una increíble rapidez. Napoleón hallóse sin cesar en medio de las balas y en ninguna de sus batallas hallóse expuesto durante tanto tiempo al fuego de la mosquetería. Este ejército, tan poco numeroso, hubiera indudablemente sido destruído si hubiese perdido á su general en jefe. Jamás Augereau quiso obedecer á Massena; Lannes estaba todavía en los grados inferiores y, por otra parte, la ley de ancianidad hubiera concedido, quizás, el mando en jefe á Serrourier.

Napoleón ordenó á Joubert mantenerse á toda costa delante de Rivoli hasta su llegada.

Alvinzi, en el momento en que abandonaba Bassano y se ponía en marcha para remontar el Brenta y presentarse en el valle del Adige, había enviado á Provera, con ocho mil hombres, hacia Leñago, y á Bayalitsch, con cinco mil, hacia Verona. El mismo, al frente de unos treinta mil hombres aproximadamente, avanzó por Roveredo hacia la Corona. Después tuvo la idea, verdaderamente alemana, de subdividir todavía este pequeño ejército en seis columnas, mientras que hubiera debido obrar en masa con trein-

tiacho mil hombres; por otra parte bastaban cinco mil para inquietar el Adige.

En tanto que tres de estas seis columnas de Alvinzi, formando un total de doce mil hombres, atacaban á Joubert de frente, el general Lusignan, con cuatro mil hombres, fué á parar al borde extremo del lago de Garda por la parte de poniente de Monte-Baldo; Lusignan pretendía, con sus cuatro mil hombres, envolver la izquierda de los franceses.

Quasdanowich, con una quinta columna de ocho mil hombres, destinada á asaltar la derecha, siguió el camino que costea la rivera derecha del Adige. Es necesario remarcar que la caballería y la artillería, que no podían seguir á las otras columnas por los montañosos caminos por los cuales debían pasar, marchaban por este hermoso camino que costea el Adige. En fin, para evitar todo obstáculo, Wukasowich, con una sexta columna de cuatro mil hombres, descendía por la rivera izquierda del Adige.

Si el lector quiere darse cuenta de la singularidad de este plan, puede observar en un buen mapa que por efecto de un gran número de obstáculos naturales é invencibles, ninguna de estas columnas podía comunicar con su vecina.

Principiando por la derecha del ejército enemigo, la cresta del Monte-Baldo impedía toda comunicación entre la columna de Lusignan, que vadeaba el lago, y las tres columnas del centro; éstas se encontraban separadas de la de Quasdanowich, donde se encontraba la caballería y la artillería, por las cimas impracticables de San-Marco y por fin hallábase el Adige entre Quasdanowich y Wukasowich.

Así, todas las columnas activas del enemigo llegaban por las montañas y sin cañones, mientras que reunido en la meseta de Rivoli el ejército francés podía recibirlos sucesivamente y con cañones de á doce. Sólo el génio de Bonaparte hubiera sido capaz

de idear un plan tan singular. Pero, para que tuviera éxito, era necesario que todas las columnas austriacas pudiesen llegar en el mismo instante y obrar contra todas juntas.

En el momento en que Joubert recibió las órdenes de su general en jefe, hacia la una de la mañana, estaba en plena retirada. Retornó enseguida á la posición de Rivoli, que felizmente el enemigo no había tenido tiempo de ocupar todavía. Reunióse Napoleón con él, hacia las dos de la mañana; hacía un magnífico claro de luna; los fuegos de los vivaques austriacos estaban extendidos por las cimas cubiertas de nieve del Monte-Baldo y Napoleón pudo cerciorarse de la existencia de cinco campos enemigos separados.

El 14 de Enero por la mañana, el grueso de la división Joubert marchó hacia San-Marco, por Capriño y San-Giovanni; atacó el centro de los austriacos; durante este tiempo una semi-brigada, colocada en las trincheras detrás de Osteria, cubría su derecha. Estaba destinada á detener á Quasdanowich que probablemente intentaría situarse en la meseta de Rivoli, partiendo de las riveras del Adige en que se hallaba. Massena, que llegaba á marchas forzadas, recibió la orden de destacar una semi-brigada hacia la izquierda para contener á Lusignan, que probablemente por un parecido movimiento procuraría pasar de los bordes del lago á dicha meseta.

Joubert batíase vivamente, pero los austriacos le recibían con extrema bravura; es una de las batallas que les ha hecho más honor. La izquierda de los franceses, desbordada, replegóse. A la vista de este movimiento, la derecha mandada por el general Vial retrocede también; afortunadamente el 14.º de línea se sostiene admirablemente en el centro y dá tiempo de restablecerse todo. Napoleón corre á la izquierda de Joubert, conduciendo á la columna de Massena que

acababa de llegar; el enemigo fué rechazado y la izquierda se estableció en las alturas de Trombalora.

Durante este tiempo, se sucedían muy mal, sin embargo, los acontecimientos; la derecha era vivamente perseguida por los austriacos, que descendían de las alturas de San-Marco. Quasdanowich había forzado las trincheras de Osteria y su columna, llegando al fondo del valle del Adige, principiaba á trepar la montaña que conducía á la meseta de Rivoli. Por otra parte, veíase á Lusignan que, por Affi, se dirigía hacia la espalda del ejército.

Por lo tanto hallábase este rodeado. Napoleón no se espantó por ello; procuró derrotar á Quasdanowich. Este general veíase obligado á pasar por un barranco muy profundo y ocupado por nuestras baterías. Apenas apareció la cabeza de la columna sobre la meseta que fué asaltada en sus dos flancos por la infantería y de frente por la caballería, el intrépido Lasalle (muerto después en Wagram) hizo cargar. El enemigo fué derrotado y arrojado al barranco. El desorden era ya grande cuando un obús francés hace saltar un arcón, en el camino que costea el Adige y en donde los austriacos estaban amontonados: la confusión y el terror llegaron á su colmo; infantería, caballería y artillería retrocedieron confusamente por Incanale.

Napoleón, desembarazado de Quasdanowich, pensó en socorrer á Vial (del ala derecha de Joubert) que estaba en plena retirada. Los austriacos se habían desbandado, persiguiéndole; doscientos caballos, que Napoleón lanzó contra ellos, derrotáronlos por completo, lo que, cosa increíble, comunicóse también á todo su centro. Alvinzi no pudo reunir sus fugitivos hasta detrás del Tasso.

Faltaba Lusignan. Este general, no hallando seria resistencia, vino á establecerse sobre el monte Pipolo, para cortar enteramente la retirada al ejército

francés, más para esto hubiera sido necesario desde luego que hubiese sido derrotado.

Napoleón opúsole una parte de la división Massena, que entretuvo el combate hasta la llegada de Rey. Habiendo visto la cabeza de la columna de este último dirigirse por fin de Orza á la espalda del ejército de Lusignan, encontróse éste rodeado. Su cuerpo de cuatro mil hombres fué destruído; volvió á ganar el Monte-Baldo con sólo algunos centenares de hombres.

La batalla estaba ganada; lo que siguió es quizás aún más admirable.

La misma tarde de la batalla de Rivoli, en el momento en que los generales hacían contar los prisioneros austriacos y en que cada semi-brigada contaba las enormes pérdidas que había observado, Napoleón supo que Provera, forzando el centro de la división Augereau, la cual estaba repartida en pequeños destacamentos extendidos á lo largo del Adige, había conseguido pasar este río el 13 de Enero por la tarde; Provera dirigíase á Mantua para levantar el bloqueo de la plaza. Napoleón calculó que Joubert reunido á Rey sería bastante fuerte para contrarrestar los restos de Alvinzi y, con la división Massena, volvió á partir enseguida hacia Roverbella, donde llegó el 15 por la tarde. El 14, Augereau, habiendo tenido tiempo de reunir su división, había caído sobre la retaguardia de Provera, habiéndola perjudicado grandemente.

El 15, Provera llegó frente á Mantua; creía entrar por el arrabal de Saint-Georges, pero encontrólo atrincherado y ocupado por los franceses, siéndole imposible por tanto comunicar con la plaza.

#### BATALLA DE LA FAVORITA

El 16 de Enero de 1797, á las cinco de la mañana,

Provera atacó el puesto de la Favorita y Wurmser el de Saint-Antoine; Serrurier logró tenerse firme gracias á los refuerzos enviados por el general en jefe. Wurmser volvió á entrar en la plaza.

Provera, atacado de frente por Serrurier, en su izquierda por la guarnición de Saint-Georges y en su derecha por el mismo Napoleón al frente del resto de la división Massena, hallábase muy mal parado, cuando la división Augereau apareció por sus espaldas; por lo que determinó entregarse con los cinco mil hombres que le quedaban.

Era por segunda vez, después de diez meses, que el general Provera había recurrido á este medio de salvar obstáculos. Cuando Napoleón conocía por completo á un general enemigo y le tenía por mediano, no descuidaba alabarle en todas ocasiones como á un adversario peligroso y con el cual se gloriaba de combatir. Por medio de esta sencilla astucia se procuraba siempre oponérsele este general (1).

Mientras Napoleón ganaba la batalla de la Favorita, Joubert obraba con una actividad digna de su ilustre jefe.

La destrucción del cuerpo de Lusignan y la retirada de Quasdanowich sobre Rivalta dejaban sin esperanza de socorro á Alvinzi y á su ejército del centro. El 15 de Enero, Joubert hizo marchar dos columnas con extrema rapidez y consiguió rodearle por sus dos flancos; las tropas austriacas, impedidas en su línea de retirada y de espaldas á los precipicios de la Corona, fueron casi destruídas por completo

(1) Nota del 29 de Nivoso, año V (18 Enero 1797).

El general en jefe al Directorio.

«..... La confusión y el desorden apoderóse de las filas enemigas: »caballería, infantería, artillería, todo estaba revuelto; el terrible 57.<sup>o</sup> »no se detenía por nada. En este momento el respetable general Pro- »vera, pidió la capitulación, etc. etc.»

antes de haber atacado á Ferrara. Unos cinco mil hombres se rindieron.

El mariscal Alvinzi, habiendo perdido más de la mitad de su ejército, fué con el que le quedaba hasta detrás de Piave, no dejando, para la defensa del Tirol, más que á unos ocho mil hombres. Las retaguardias austriacas fueron destruídas por todas partes y, finalmente, á principios de Febrero, el ejército francés volvió á encontrarse en las posiciones que había ocupado antes de Arcole: Joubert sobre Lavis, Massena en Bassano y Augereau en Citadella. Venecia con todas sus fuerzas permanecía detrás de la derecha del ejército francés.

Tal fué la célebre batalla de Rivoli, en la cual treinta mil franceses, combatiendo con un ejército muy bravo, hicieron veinte mil prisioneros. Jamás el ejército francés ha hecho acción mejor; las semi-brigadas republicanas sobrepusieron la rapidez tan ensalzada de las legiones de César.

Los mismos soldados que Napoleón hizo salir de Verona y que se batieron en Saint-Michel el 13 de Enero, marcharon toda la noche siguiente sobre Rivoli, combatieron en las montañas el 14 hasta la noche, volvieron á Mantua el 15 y el 16 hicieron capitular á Provera.

Napoleón, entonces muy enfermo, descansó de tales fatigas en Verona.